

**El retorno del pueblo
Populismo y nuevas democracias
en América Latina**

Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti, editores

El retorno del pueblo Populismo y nuevas democracias en América Latina



Índice

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador
Avenida Colón y Juan León Mera
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 2903 763
www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN:
Cuidado de la edición: Juan Guijarro
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Crearimagen
Quito, Ecuador, 2008
1ª. edición: octubre de 2008

Presentación	9
Introducción	
El regreso del populismo	11
<i>Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti</i>	
 EL RESURGIR DEL POPULISMO	
Populismo, ciudadanía y Estado de derecho.	23
<i>Carlos de la Torre</i>	
El resurgimiento del populismo latinoamericano.	55
<i>Kenneth Roberts</i>	
 POPULISMO: DEMOCRACIA, REPRESENTACIÓN, ORGANIZACIÓN Y NACIÓN	
Fisuras entre populismo y democracia en América Latina	77
<i>Francisco Panizza</i>	
Populismo y representación democrática.	97
<i>Enrique Peruzzotti</i>	

La organización populista.
Los Círculos Bolivarianos en Venezuela 125
Kirk Hawkins

Sobre alquimistas e imaginadores.
Populismo y nación. 161
Julio Aibar Gaete

POPULISMOS RECIENTES EN ECUADOR

El flautista de Hammelin.
Liderazgo y populismo en la
democracia ecuatoriana 189
Flavia Freidenberg

Bucaram en Panamá.
Las secuelas del populismo en Ecuador. 239
Catherine Conaghan

El populismo intermitente de Lucio Gutiérrez 267
César Montúfar

Colaboradores 299

El populismo intermitente de Lucio Gutiérrez

César Montúfar*

Rafael Quintero, en un excelente análisis del triunfo y del electorado que puso a Lucio Gutiérrez en la presidencia del Ecuador, propone que el candidato de Sociedad Patriótica ganó las elecciones en un contexto de ruptura anímica del electorado respecto del sistema de representación en el país. El triunfo de Gutiérrez pudo así significar un momento de recuperación de la confianza en el sistema político por parte de actores sistemáticamente discriminados y no incluidos en el mismo por cuestiones socioeconómicas, culturales o étnicas. La presencia electoral de Lucio Gutiérrez habría tenido, por tanto, la capacidad de generar cambios en las identidades electorales en casi todas las regiones del Ecuador. Ello solo fue posible en un escenario electoral caracterizado por un inusual fraccionamiento y dispersión de fuerzas políticas, en el cual se profundizaron tendencias pre-existentes contrarias a los partidos políticos dominantes hasta entonces en el escenario político (Quintero, 2005a: 224, 228).

Pero el triunfo de Lucio Gutiérrez, tal como anota este autor, no estuvo asociado a un solo elemento. El Coronel obtuvo en primera vuelta 20.64 por ciento de los votos. Le siguió Álvaro Noboa con 17.39 por ciento. De acuerdo a una estimación de Quintero, Gutiérrez pudo haber recibido un 12 por ciento de los votos como endoso de los partidos miembros de su alianza, 6 por ciento de Pachakutik y 6 por ciento del Movi-

* Universidad Andina Simón Bolívar. Este texto hace parte de un trabajo de investigación mayor que el autor desarrolla sobre el proyecto político de Lucio Gutiérrez. El autor agradece los valiosos comentarios y sugerencias de Carlos de la Torre. E-mail: montufar@uasb.edu.ec.

miento Popular Democrático, MPD. El restante 8 ó 9 por ciento lo alcanzó de lo que Quintero denomina una “base social movilizada”, grupo de votantes que buscaba una alternativa de cambio y que plegó al candidato de Sociedad Patriótica. Esta “base social movilizada” constituyó un fenómeno peculiar en el evento electoral de 2002. Apareció de un crecimiento de 6.7 por ciento del padrón electoral para ese año y, en segunda vuelta, de una reducción del ausentismo y los votos nulos y blancos. En suma, la tesis de Quintero es que el triunfo de Gutiérrez debe explicarse por un incremento de la movilización electoral expresada en el aumento de votos positivos por parte de hombres y mujeres de sectores rurales, campesinos medios y pobres. El autor menciona un crecimiento del electorado activo de, aproximadamente, medio millón de electores, hecho decisivo para el resultado de las elecciones de 2002.

Esta situación fue potenciada por varios elementos, a saber: la amplitud de la alianza electoral triunfadora, la misma que recogió una convergencia efectiva de partidos y movimientos de izquierda como Pachakutik y MPD; una estrategia de movilización de un electorado fragmentado; y el apoyo de organizaciones indígenas y de una base social conformada por actores afectados por la crisis. Todo ello, habría permitido la migración de adhesiones de centro y de izquierda hacia el candidato de PSP, a través de una estrategia de movilización territorial y de concertaciones corporativo-territoriales (Quintero, 2005a: 224). Quintero concluye que todos estos aspectos hacen pensar que las elecciones de 2002 representaron un momento de movilización electoral de sectores sociales anteriormente poco movilizados. Aquello contrasta, sin embargo, con los resultados legislativos del mismo evento electoral que, en cambio, demostraron una relativa vitalidad del sistema de partidos. Así, en el Congreso instalado en el 2003 los partidos se colocaron en una posición mayoritaria de resguardo, mientras que la Presidencia de la República se dirimió en una contienda entre opciones ajenas al sistema partidario, Lucio Gutiérrez versus Álvaro Noboa (Quintero, 2005a: 250-251).

Empero, no sería posible comprender el triunfo de Gutiérrez si éste hubiera terciado en segunda vuelta con un candidato diferente a Álvaro Noboa, candidato también *outsider*, pero con niveles de rechazo y desconfianza muy altos. Otro contendor, con mayor vinculación o de las filas de

los partidos, probablemente hubiera propiciado una corriente de apoyo distinta a la del aspirante de PSP y en ese escenario Gutiérrez difícilmente hubiera sido elegido. Por ello, su triunfo electoral mucho tuvo que ver con una situación anómala en la primera vuelta electoral, relacionada a la flagrante violación de los límites de gasto electoral por parte de Noboa quien, por ese mecanismo ilegal, se coló en la segunda vuelta, remontando en la última semana y media desde el quinto al segundo puesto por sobre varios candidatos partidarios. Ante ello, se abrió en la segunda vuelta una oportunidad inédita para que Gutiérrez se ubicara en un espacio ambiguo como la “opción viable” tanto para sectores poco movilizados, extraños o marginalizados del sistema político, como para quienes lo vieron como posible representante del *status quo*, mal menor frente a Noboa. Esta ambigüedad fue la clave de su éxito electoral y, también, una de las razones de su fracaso y fugacidad como gobernante. Contradictorio desde el inicio, el triunfo de Lucio Gutiérrez sólo fue posible en un contexto electoral que le exigió conciliar tendencias divergentes; representar a sectores marginalizados del escenario políticos y a aquellos que pretendían defender el *status quo* de Noboa.

Marcada quizá por esta circunstancia, la estrategia política gutierrista, tanto de candidato como de presidente, y la propia imagen y discurso del personaje presenta como una de sus características definitorias su capacidad de adecuarse al contexto y conciliar tendencias opuestas y una enorme flexibilidad para mutar y transformarse. Gutiérrez ha mostrado ser un experto en la utilización del camuflaje para adaptarse a las necesidades políticas y discursivas de cada momento. Así, a lo largo de su ascenso y caída, Lucio Gutiérrez no ha sido uno sino varios personajes con varios discursos. Uno de ellos fue el Gutiérrez golpista, el héroe o líder militar; otro, el “ingeniero presidente”, representante del orden constituido; otro, el perseguido, el prófugo; otro el reo de la justicia. Si revisamos el itinerario de sus múltiples transformaciones encontramos una fase bien marcada como candidato presidencial, fase en que se presentó como héroe y caudillo militar y que culmina con su triunfo electoral en primera vuelta; otra fase que se inicia con la campaña electoral de segunda vuelta en que el héroe militar se transforma en “ingeniero presidente”; y otra tercera, que ocurre luego de las elecciones seccionales de 2004, cuando emprende

su proyecto autoritario de concentración de poder hasta su caída, en que Gutiérrez retoma con fuerza estrategias de movilización política basadas en la polarización oligarquía *versus* pueblo y adopta la auto-definición de “dictócrata”.² Hay, empero, una constante en toda su estrategia política: la ejecución selectiva de repertorios discursivos y de convocatoria a la movilización popular que provienen de una tradición populista. Por ello, bien cabría definir a Lucio Gutiérrez como populista o, más precisamente, como un populista selectivo e intermitente.

El populismo intermitente de Lucio Gutiérrez

La literatura sobre el populismo en el Ecuador y en América Latina da cuenta de un casi interminable debate sobre cómo entenderlo, en donde poner los énfasis, cuál es el rasgo determinante para considerar un proceso o un liderazgo como populista. En este corto ensayo no vamos a reeditar el debate sobre el populismo sino entenderlo desde una definición escueta y mínima, la de una estrategia electoral (Weyland, 2004) o estilo político (Freidenberg, 2007).³ Siguiendo a Kurt Weyland, comprendemos al populismo como una estrategia política utilizada por “líderes personalistas que buscan ejercitar el poder del gobierno basados en el apoyo directo, no mediado ni institucionalizado, de un gran número de seguidores que están principalmente desorganizados” (Weyland, 2004: 36). De acuerdo a esta definición, el caso Gutiérrez cae claramente dentro de esta definición en varios momentos clave de su estrategia política. El momento inicial, cuando irrumpe en la vida pública del Ecuador, liderando el golpe de Estado contra Mahuad, hasta el triunfo de la primera vuelta elec-

toral; y, en el momento final de su gobierno, cuando auto declarado “dictócrata”, ejecuta una campaña de movilización social desde el Estado con el objetivo de sostenerse en el poder y poner en marcha un proyecto autoritario. En el intermedio, Gutiérrez puso en práctica una estrategia que en vez de ser populista buscó asentarse en grupos de poder organizados, partidos políticos tradicionales y corporaciones. Un punto de discrepancia con la definición de Weyland es que el apoyo electoral y político a Gutiérrez, si bien suficiente para hacerlo llegar al poder, nunca tuvo los ribetes mayoritarios del nivel que generaron otros liderazgos populistas o neopopulistas contemporáneos. Para Weyland, la categorización de populismo requiere un aspecto cuantitativo en el sentido de concitar apoyos realmente masivos, a saber, “el populismo emerge cuando los líderes personalistas basan su gobierno en la masa, que es en su mayoría un apoyo institucionalizado de gran número de gente” (Weyland, 2004: 42-43). Al respecto, podríamos afirmar que la estrategia gutierrista buscó basarse en adhesiones masivas y mayoritarias pero sin que nunca las lograra plenamente. Gutiérrez jamás fue abrumadoramente popular, ni siquiera en los primeros meses de gobierno.

La definición que propone Flavia Freidenberg para entender el fenómeno populista es igualmente aplicable al gutierrismo. Freidenberg define el populismo como “un estilo de liderazgo, caracterizado por la relación directa, carismática, personalista y paternalista entre líder-seguidor, que no reconoce mediaciones organizativas e institucionales, que habla a nombre del pueblo y potencia la oposición de éste a los ‘los otros’, donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas, y a los métodos redistributivos y/o al intercambio clientelar que tienen con el líder (tanto material como simbólico), conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno” (Freidenberg, 2007: 25). Si bien está por fuera del alcance de este texto averiguar las expectativas de los seguidores de Lucio Gutiérrez, conocer las percepciones sociales sobre sus cualidades extraordinarias o los beneficios que recibieron de él, sí podemos decir que el gutierrismo, en el período estudiado, se desarrolló como un estilo de liderazgo que privilegió una relación directa con sus partidarios, sin mediaciones ni formas organizativas estables, y basó su discurso en apelaciones al pueblo, como entidad opues-

2 Autodefinition acuñada por el mismo Gutiérrez, quien al justificar las medidas inconstitucionales que adoptó a partir de noviembre de 2004 se calificó de “dictócrata”: a saber, dictador para los ricos, poderosos y corruptos, y demócrata para el pueblo.

3 Si bien adoptamos el enfoque de estos dos autores, que consideramos útil para el propósito de analizar el itinerario político de un personaje como Gutiérrez en su vía de ascenso y caída del poder, concordamos con Carlos de la Torre en que una perspectiva instrumental del fenómeno del populismo, reduciéndolo a una estrategia o estilo político, presenta la limitación de que no explica las razones por las cuales la gente común apoya a los líderes populistas. Esta dimensión analítica del populismo rebasa las expectativas interpretativas de este trabajo. Ver De la Torre, 2004: 56-58.

ta a la oligarquía, los deudores de la banca y los partidos políticos corruptos. Su estilo de liderazgo, de igual manera, generó desde el gobierno la proliferación de intercambios clientelares con distintos sectores, si bien, desde el punto de vista de su política económica optó por medidas de corte neoliberal. Así, desde la perspectiva señalada por Freidenberg, y como demostraremos en lo que sigue, el estilo político de Lucio Gutiérrez se enmarca adecuadamente en los parámetros del populismo.

De héroe militar a candidato presidencial

Para iniciar un análisis del populismo de Lucio Gutiérrez, habría que reconstruir las diferentes estrategias que lo llevaron a la presidencia, desde su irrupción a la vida pública hasta su triunfo en la primera vuelta electoral. Hasta ese momento, la estrategia de Lucio Gutiérrez fue muy efectiva en seducir a una “base social movilizada” de votantes campesinos, pobres y medios; circunstancia a la que también aportaron otros socios de su alianza electoral. En todo caso, el éxito electoral de Gutiérrez, y en ello el texto de Quintero nos es muy útil, se debió a su capacidad de movilizar electoralmente a actores relegados de las estructuras políticas tradicionales, fundamentalmente de los sectores rurales. Desde esa perspectiva, la imagen y el discurso gutierrista mutaron desde el héroe militar, dispuesto a entregarlo todo y arriesgar su carrera, hasta el candidato a la presidencia con un vestuario y simbología de militar – luchador campesino.

La historia comienza con su participación en el golpe militar-indígena que derrocó a Jamil Mahuad en enero de 2000. El mismo Lucio Gutiérrez, en un artículo que expone “sus razones” para haber participado en el golpe, declara que las “Fuerzas Armadas únicamente se justifican en la medida que defienden al pueblo y a la nación” (Gutiérrez, 2001: 153). En el contexto de la crisis política y económica que provocó el gobierno de Mahuad, aquello significaba interpretar la principio constitucional de que la soberanía radica en el pueblo como la obligación de la institución militar de acudir al llamado del mismo y unirse a su decisión de revocar el mandato al gobernante que había traicionado “los intereses del pueblo que los eligió”. Gutiérrez va más allá y plantea que en esa co-

yuntura los militares o se unían al pueblo que reclamaba justamente en contra de la corrupción del gobierno o lo reprimían. Ante ello, su opción solo podía ser la primera... así prosigue el Coronel:

Las Fuerzas Armadas jamás pueden continuar, como en décadas pasadas, al servicio de la oligarquía corrupta o como un grupo armado civil y vasallo de intereses protervos. Las Fuerzas Armadas deben estar siempre al lado del pueblo, sensibles a sus aspiraciones, porque ¿de qué sirve tener Fuerzas Armadas con la credibilidad como tienen las nuestras, de qué sirve tener soldados si en base a una supuesta constitucionalidad que los gobernantes violan sistemáticamente debemos no hacer nada o cruzarnos de brazos viendo cómo el país se destruye? Si no actuábamos, al menos yo, me hubiera sentido inmoral, me hubiera sentido innecesario y hubiera terminado saliendo de la institución militar (Gutiérrez, 2001: 161).

En este párrafo, Gutiérrez establece una visión que fusiona de manera orgánica las aspiraciones del pueblo con la razón de ser de las Fuerzas Armadas y el papel de los soldados útiles y morales, como él, más allá de cualquier “supuesta constitucionalidad” o de los “intereses protervos” de la “oligarquía corrupta”. Para Gutiérrez, la base de la acción institucional de las Fuerzas Armadas debía supeditarse a las aspiraciones del pueblo en cuanto lucha contra la corrupción, lucha por la soberanía nacional y autodeterminación de los pueblos y, aún más, la construcción de una “Nueva República, liberada por una segunda y definitiva ocasión...” (Gutiérrez, 2001: 161-162).

En su posición, Gutiérrez no expresa una diferenciación entre pueblo y soldados a partir de un mismo proyecto histórico de redención: independencia y soberanía nacional, en contra de la oligarquía corrupta e intereses extranjeros contrarios a la nación. Se destaca una misión moral trascendente y articulada a los fines de la patria. En una carta dirigida por él al diario *El Comercio*, Gutiérrez explica este punto:

Habrà gente que no entienda cómo pudimos inmolar nuestra profesión en un sistema de vida materializado, superficial, pero es muy simple, los principios, los ideales, el amor y la lealtad a la patria, los practicamos todos los días, siempre estamos listos a actuar, para entregar no solo nues-

tras carreras sino la vida por el país. La patria está por encima de nuestros hijos y padres, por sobre el ejército. Ahí se explica mi participación y la de los ejemplares oficiales de mandos medios y operativos que participaron (Hernández *et al.*, 2000: 254).

Ideales trascendentes de patriotismo y moralidad superiores colocan a los soldados junto al pueblo, permitiéndoles llegar a los más grandes sacrificios por la patria: dar la vida, actuar, incluso, por encima de sus propias familias y del ejército. He ahí, el Gutiérrez perfilándose como soldado héroe en “una cruzada cívica a nivel nacional, tratando de concienciar a la ciudadanía a que dejemos de ser espectadores inmóviles viendo por detrás de la ventana cómo se saquea sistemáticamente a nuestra nación” (Gutiérrez, 2001: 161).

Pero, ¿quiénes eran, en esta fase de la naciente vida política de Lucio Gutiérrez, aquellos saqueadores? Los políticos y los banqueros corruptos. Todo el arsenal discursivo en contra de la corrupción que ensayó Gutiérrez, en el golpe y luego del mismo, se articuló alrededor del ataque a los políticos tradicionales y los banqueros. En ellos radicaba el problema del país. En este momento, nuestro personaje no ensayó ataques a las élites económicas o a otros grupos de poder. Los “traidores” del pueblo ecuatoriano sólo se identificaban con esos dos sectores. Al respecto, es importante señalar que el discurso político del, para entonces, ex-coronel provenía de concepciones asociadas con la Doctrina de Seguridad Nacional. El programa que inspiró la sublevación protagonizada por los coroneles del 21 de enero de 2000 tenía componentes de una visión que conectaba a las Fuerzas Armadas con movimientos populares. De ahí vino la alianza con la CONAIE y la participación, directa e indirecta, de oficiales retirados que inspiraron a los jóvenes coroneles insubordinados y que realizaron los enlaces entre ellos y los indígenas (Hernández *et al.*, 2000: 83).

De hecho, el proyecto político de los militares conjurados en el golpe de Estado iba dirigido al establecimiento de un programa de gobierno alternativo comprometido con la defensa del patrimonio nacional y los recursos naturales; la modernización de las industrias estratégicas, como la petrolera, eléctrica y de telecomunicaciones; la oposición a las privati-

zaciones de empresas públicas; la recuperación de los depósitos congelados mediante la confiscación de bienes de los banqueros; el combate a la corrupción; y la destitución del Congreso y Corte Suprema de Justicia, entre otros puntos (Hernández *et al.*, 2000: 84-85). Este programa, fraguado por los coroneles insurrectos antes del golpe tuvo como antecedente un estudio titulado *Hacia un nuevo Ecuador*, preparado por el Coronel Fausto Cobo, otro líder castrense del derrocamiento de Mahuad, quien como miembro del Comité de Geopolítica de la Academia de Guerra, elaboró dicho documento. En el mismo, luego de una revisión del contexto geopolítico y de crisis interna del Ecuador, y en vista de que la integración nacional se encontraba supuestamente en peligro, el autor sostiene que las Fuerzas Armadas eran la única institución en capacidad de actuar como “elemento integrador de la unidad nacional..., factor de equilibrio en las relaciones sociales; elemento de coacción social legítima...; garante confiable de la realización de una auténtica democracia”, entre otras potencialidades. Ante ello, el documento continúa, los militares ecuatorianos debían estar conscientes que “la misión constitucional de las Fuerzas Armadas, permite, en un amplio espectro, el desarrollo de éstas y otras actividades prioritarias... en beneficio de la seguridad y desarrollo del país” (Hernández *et al.*, 2000: 275-276). Para Hernán Ibarra, el acercamiento de las Fuerzas Armadas y el movimiento indígena no ocurrió solo en la coyuntura previa al golpe de Estado contra Mahuad, sino que se originó a partir de los programas de acción cívica y programas de desarrollo que los militares iniciaron en sectores campesinos luego del levantamiento indígena de 1990. Lo importante es que este contacto militar-indígena se produjo en un contexto de declive de las políticas públicas de intervención en el agro. A partir de esta relación se fue fraguando un intenso intercambio que motivó la alianza que posibilitó el golpe de Estado del 21 de enero de 2000 (Ibarra, 2002: 28-29).

En suma, la marca de la supuestamente superada Doctrina de Seguridad Nacional estuvo vigente en el proyecto e ideales de los militares golpistas del año 2000. Según esta visión, inequívocamente, todos los objetivos nacionales se encontraban fusionados al concepto de seguridad del Estado, por lo cual los militares ecuatorianos no podían escapar a la obligación de actuar de manera directa o indirecta cuando consideren que se

encuentra en peligro la seguridad del Estado y la unidad de la nación. En esta coyuntura, varios hechos preocupaban hondamente a los militares involucrados en el golpe. Los procesos de consulta hacia las autonomías que tuvieron lugar a finales de los noventa y la firma del acuerdo de paz con el Perú, hecho trascendente del gobierno de Mahuad representaban, en su visión, serias amenazas para la integración nacional.

Entre el 21 enero de 2000 y el 20 de octubre de 2002, fecha en que ganó la primera vuelta presidencial, Lucio Gutiérrez pasó por la prisión militar; recibió, junto a otros protagonistas del golpe, una amnistía del congreso; organizó el Partido Sociedad Patriótica 21 de Enero (PSP) a nivel nacional; desarrolló un intenso trabajo proselitista con miras a lograr la participación de su partido en todo el país. Un aspecto importante fue la organización del PSP, que surgió y funcionó como su maquinaria proselitista en el proceso electoral. Este movimiento contó con una militancia cuyo núcleo central se concentró en ex militares y sus familias, incluida la del propio Lucio Gutiérrez, a partir del cual se fueron articulando activistas en el nivel nacional. Analistas consideran a PSP como un partido militar cuya estructura jerárquica reprodujo, con enorme eficiencia, varios aspectos de la vida y disciplina castrense. De manera congruente, el PSP presentó un ideario nacionalista tradicional que se remitía a la ideología oficial de las Fuerzas Armadas, la misma que, en los últimos años, había colocado la noción de pueblo como parte central de su núcleo discursivo; giro también registrado en la concepción del nuevo partido (Ibarra, 2002: 28).

Ya como candidato presidencial, durante la primera vuelta, Gutiérrez puso en práctica una clara estrategia o estilo populista. Su propuesta electoral explotó su condición de ex-militar y golpista para generar la imagen de un héroe político, dispuesto a sacrificarse por sus ideales y a luchar contra la corrupción. La construcción de una especie de epopeya alrededor del golpe de Estado contra Mahuad, el uso del traje safari de ex-militar y la auto-proclamación constante de que no tenía compromisos políticos y que era un candidato de “manos limpias” delinearón un mensaje de transformación y ruptura con el pasado (Pazmiño, 2005b: 29-30). En esa línea, el candidato basó su estrategia de comunicación en el recuerdo del “sacrificio”, la cárcel, la lucha contra un gobierno “corrupto” que ter-

minó su carrera militar, presentándolo casi como un mártir de la lucha contra la corrupción (Pazmiño, 2005a: 126). Como lo refiere el estudio de Catalina Ayala, por ejemplo, en un *spot* televisivo de la primera vuelta, Gutiérrez aparece diciendo a los votantes:

El 21 de enero del 2000, sacrifiqué mi carrera militar, estuve seis meses preso por luchar contra los salvatajes y los congelamientos bancarios... Pueblo ecuatoriano, levántate y lucha contra la corrupción. Pueblo ecuatoriano, levántate y lucha contra los mismos de siempre (Pazmiño, 2005a: 126).

Adicionalmente, Gutiérrez quiso reeditar la memoria y el imaginario del golpe, colocándose como un caudillo militar junto al sector indígena y de izquierda con una agenda de cambio. Gutiérrez se mostró con su atuendo militar pero enfatizando la simbología y los colores del movimiento indígena —la bandera arco iris y la *huipala*, o el machete y el sombrero de paja toquilla de los campesinos montubios de la Costa—. El candidato forjó una imagen visual que lo asociaba con los grupos que quería movilizar; grupos desvinculados o marginalizados por el poder, pero en permanente conjunción simbólica con la identidad de caudillo militar. El pueblo pobre y excluido junto al soldado. Es más, el pueblo pobre y excluido, liderado por el soldado desprendido, mártir, sacrificado y patriota, cuya lucha se resumía en construir un país sin corrupción. Todos los aspectos simbólicos en el juego de la carrera presidencial se sintonizaban con los elementos anotados de la Doctrina de Seguridad Nacional y la ligazón que, al interior de dicha doctrina, se asigna a los militares en sus vínculos profundos con el pueblo.

En esa línea, durante esta primera etapa la estrategia discursiva de Gutiérrez hizo referencia explícita al aspecto identitario, de clase y racial. Lucio Gutiérrez fue elegido presidente sin adscribir ni intentar la representación del sector social blanco mestizo de élite ecuatoriana. El lugar de enunciación del candidato fue el de las clases medias, mestizas y cholos. A pesar de que Gutiérrez no explotó un mensaje anti-elitista, ni de lucha u oposición de clases, el candidato del PSP hizo uso de símbolos y rasgos culturales y estéticos de los sectores medios bajos. Buscó, de esta manera, construir un nicho político cultural distinto e inédito en la política ecuatoriana

reciente. Este nicho se diferenció claramente del nicho político de los sectores marginales urbanos, o de aquel de los sectores indígenas serranos con quienes, a través de Pachakutik, había consolidado una alianza electoral. De igual forma, el nicho político cultural del gutierrismo tampoco se adscribió dentro de los cánones identitarios de una clase media ilustrada o tecnocrática, o, peor, apeló a referentes aceptados por los sectores social y económicamente altos. Por el contrario, Lucio Gutiérrez proyectó una imagen e identidad política original en la política ecuatoriana desde los cholos, desde los montubios y pequeños propietarios campesinos, desde los colonos amazónicos, los burócratas medios y bajos, los militares de mediana y baja graduación. Desde su posición de ex-militar, el candidato representó el ascenso del luchador sin dinero o influencia, del héroe militar, del campesino, del montubio, del colono hacia el pináculo del poder. Durante la primera vuelta electoral, en muchas ocasiones Lucio Gutiérrez se mostró como la fusión entre el soldado de camuflaje y el campesino montubio que, machete en mano y sombrero de paja toquilla, luchaba por la patria, la familia, una vida mejor... En esta imagen existía, obviamente, una referencia visual al imaginario de la lucha de las montoneras alfaristas, justamente empujadas por pequeños campesinos y montubios de la Costa. No tanto un intento de asimilar la imagen del nuevo héroe al Viejo Luchador, Eloy Alfaro, cuanto una evocación a que el nuevo héroe era parte de un imaginario de lucha que venía desde las montoneras alfaristas.

De acuerdo a Felipe Burbano, Lucio Gutiérrez logró de esta manera aparecer como un sujeto político inédito y convertirse en el eje del proceso político ecuatoriano. Su éxito radicó, entonces, en articular discursivamente tres elementos: lo étnico, lo popular y lo militar (Burbano, 2003: 7). Lo étnico, a través de la vinculación del movimiento indígena; lo popular, dada la constante apelación al pueblo en contraposición a los políticos tradicionales y a los banqueros corruptos; y lo militar, siempre presente en la encarnación de Gutiérrez mismo como el soldado dispuesto a los mayores sacrificios por el pueblo. Desarrollando la apreciación de Burbano, pensaría que estos tres elementos, más que mostrarse y funcionar separados, interactuaron unos con otros en la creación de una nueva identidad política en el Ecuador, que se forjó con el ascenso de Lucio Gutiérrez al poder. En esta identidad, delimitada claramente por caracterís-

ticas étnicas y culturales precisas, el soldado, el campesino, el pequeño propietario, el montubio y el colono se convertían por primera vez en la historia política reciente del país en actores y conductores de un proceso político nacional. Hasta aquí, la estrategia populista del Lucio Gutiérrez representó un camino de incorporación política y enunciación discursiva incluyente desde la posición de sectores excluidos del escenario político; aquella “base social movilizadora” que pugnaba por encontrar canales efectivos de representación. Sin embargo, con el triunfo de Gutiérrez en la primera vuelta electoral se cierra este capítulo. Un nuevo personaje habría de nacer, no bien concluían los festejos de sus partidarios porque por primera vez en la historia democrática del Ecuador un candidato amazónico entraba seriamente a disputar la presidencia.

De ingeniero presidente a “dictócrata”

... sí, soy un dictócrata, porque para la oligarquía soy un dictador y para el pueblo un demócrata.
Presidente Lucio Gutiérrez⁴

Para la segunda vuelta, Lucio Gutiérrez dio un giro radical a su discurso buscando aparecer como una figura confiable para el establecimiento. El héroe y caudillo militar que emergió el 21 de enero del 2000 y que se mantuvo y consolidó en la primera parte de la carrera presidencial mutó hacia una nueva identidad política, otro Lucio Gutiérrez: el ingeniero presidente.⁵ Esta transformación se desprende claramente de un análisis y

4 En 13 de febrero de 2005, en su discurso por el día del Oriente ecuatoriano, pronunciado en el Puyo, Lucio Gutiérrez se autocalificó de “dictócrata” como respuesta a las críticas de la oposición por la ruptura de la constitución y el proceso de concentración de poderes. Cf. www.ecuadorinmediato.com.ec, 13 de febrero de 2005.

5 Lucio Gutiérrez, además de sus estudios militares, posee los títulos de ingeniero civil, licenciado en administración, por la Escuela Politécnica del Ejército (ESPE) de Quito. Igualmente, tiene una licenciatura por la Escuela de Educación Física del Ejército en Río de Janeiro; obtuvo un diplomado en relaciones internacionales y defensa continental en el Inter-American Defense College (IADC) de Washington DC; un diplomado en seguridad nacional por el Instituto Nacional de Guerra de las Fuerzas Armadas del Ecuador; y un diplomado en ciencias militares por la Academia de Guerra del Ejército de Quito.

comparación del discurso gutierrista entre la primera y segunda vueltas. En la segunda vuelta electoral, y en la perspectiva de ubicarse en un andarivel de menor radicalidad, el candidato de PSP buscó desvincularse de la imagen de un militar golpista, adoptó el terno y la corbata y su discurso se centró en proyectar una perspectiva de concertación con acercamientos a múltiples sectores de la sociedad, incluidos empresarios, representantes de la Iglesia y de movimientos sociales y políticos. Gutiérrez se convirtió, entonces, en “un presidente de todos” (Pazmiño, 2005b: 30-31). Para el día de su posesión, el coronel pasó a ser el Ingeniero Gutiérrez, consumando así su pretendida transición de caudillo militar a estadista democrático, al punto que en su discurso de posesión describió los hechos del 21 de enero, alejándolos de cualquier imagen de golpe de Estado militar, con el eufemismo de “aguerrido acto plebiscitario” (Congreso Nacional, 2002: 16). El adjetivo ‘plebiscitario’, obviamente, otorgaba a los sucesos referidos un halo democrático, muy distinto al que podría evocar la iconografía del héroe militar, en traje de campaña, y con machete en mano.

Fue con ese nuevo ropaje que el ingeniero-presidente Lucio Gutiérrez inició su gobierno. Aquello lo llevó a archivar las estrategias de movilización y estilo populistas que lo habían conducido a ganar la primera vuelta, emprendiendo, en cambio, una nueva estrategia de negociación y concertación con diversos partidos y agrupaciones políticas y grupos y sectores de poder interno y externo. Lucio Gutiérrez, el golpista y caudillo militar, se planteó así hacer un gobierno para los actores del orden establecido. No es el espacio para analizar detenidamente lo que sucedió en su primer año y medio de gobierno, cuando Lucio Gutiérrez en unos casos desactivó y, en otros, morigeró sus repertorios populistas. Basta decir que esta estrategia fracasó, obligando a Gutiérrez a retomar el andarivel populista en el que había nacido a la vida política. La lucha por obtener tajadas de poder de parte de los grupos con los cuales el gobierno se alió, explícita e implícitamente, devoraron la estrategia no populista del ingeniero presidente y lo colocaron varias veces al borde de la destitución. Al final, el Presidente decidió recurrir nuevamente a los mismos repertorios que lo llevaron a ganar la presidencia, pero esta vez para conservarla. Esta fase la expresó en una nueva mutación: de ingeniero presidente a “dictócrata”. En este momento, la estrategia populista de Gutiérrez, lejos

de representar una vía de democratización en el sentido de abrir espacios de participación para grupos excluidos o de incorporar nuevas identidades políticas al escenario nacional, se convirtió en un proyecto autoritario y de concentración inconstitucional del poder.

¿A qué se debió este nuevo giro y en qué contexto se produjo? ¿En qué circunstancias Lucio Gutiérrez retomó sus estrategias populistas, ya no para acceder al poder sino para intentar mantenerse en él? El asunto comenzó con el resultado de las elecciones seccionales de octubre de 2004, en las cuales se produjo el triunfo del PSC en la Costa y de la ID en la Sierra en las mayores ciudades y provincias del país, si bien partidos con el propio PSP, el PRIAN y el PRE obtuvieron triunfos en algunos municipios y consejos provinciales de menor población (Quintero, 2005b: 64-69). En estas circunstancias, para sacar mayor provecho a su triunfo, a partir de noviembre de 2004, el PSC y la ID, con el respaldo de Pachakutik, arremetieron en contra del ‘derrotado’ Gutiérrez con la intención clara de llamarlo a juicio político en el Congreso y destituirlo. Febres Cordero planteó el juicio político a Gutiérrez un día después de los comicios y Rodrigo Borja, al día siguiente.⁶ Los partidos de oposición cerraron inmediatamente sus tenazas sobre Carondelet. El argumento fue la evidente violación por parte del gobierno contra la ley de control del gasto electoral por haber utilizado, de forma abierta, recursos públicos para beneficiar a los candidatos de su partido.⁷ Según lo estableció la organización Participación Ciudadana, a pesar de tratarse de elecciones seccionales, fue el gobierno nacional la entidad que mayor gasto publicitario en televisión y radio tuvo antes y durante la campaña electoral.⁸ En este perí-

6 León Febres Cordero alertó a Gutiérrez que si no cambia le ocurrirá lo que les pasó a Bucaram y Mahuad. Advertió que el pueblo se cansa, pierde la paciencia y que el 21 de enero podría convertirse en un búmeran. Dijo, además, que él no tiene agallas “ni fuerza testicular”. Ver “León Febres Cordero alerta al presidente Gutiérrez”, *El Comercio*, 18 de octubre de 2004, en www.elcomercio.com Un día más tarde, Rodrigo Borja también se manifestó a favor de instaurar un juicio político al presidente Gutiérrez y destituirlo. Dijo también que el desgobierno y la desorganización del régimen están llevando al país al hundimiento. Afirmó que “cualquier hijo de vecino” llega a ser ministro y asesor. Ver “Borja plantea un juicio político para Gutiérrez”, *El Comercio*, 19 de octubre de 2004, www.elcomercio.com.

7 Ver el documental “2004: El Presidente en la campaña”, *Corporación Participación Ciudadana*, Ecuador, 2005.

8 Corporación Participación Ciudadana, “Monitoreo del gasto electoral” en *Observación ciudadana electoral. Elecciones 2004*. Quito, Participación Ciudadana, 2004, p. 113.

odo, las apariciones presidenciales y los mismos productos publicitarios gubernamentales intentaban vincular la acción del gobierno con las posibilidades de trabajo de los candidatos de PSP y sus aliados. Inclusive, se produjeron varias declaraciones del Presidente en que directamente llamó a los votantes a apoyar a “sus candidatos” porque de esa manera “llegarían obras a las provincias”.⁹ A partir de estas violaciones legales, los partidos de oposición armaron el caso para iniciar un juicio político en su contra y así provocar su salida del poder.

¿Qué hizo Gutiérrez para evitar su destitución? En primer lugar, el gobierno emprendió en una campaña abierta de “convencimiento” y “compra” de diputados de todos los partidos con el afán de evitar la suma de los votos necesarios para enjuiciarlo (57 de 100) y, a partir de aquello, articuló una nueva mayoría en el Congreso, autodenominada como Bloque Progresista, conformada por el PRE, el PRIAN y diputados independientes de varios partidos. Es difícil conocer en forma total el inventario de puntos en negociación que permitieron la reversión del juicio político y constitución de la nueva mayoría pero quedó claro que la base del apoyo del PRE a Gutiérrez, no en la coyuntura, sino desde el inicio de su campaña presidencial, estuvo en la reestructuración de la Corte Suprema de Justicia para lograr la anulación de los juicios pendientes en contra de su líder, Abdalá Bucaram. Sin rubores ni ocultamiento, varios diputados del PRE manifestaron a los medios de comunicación que “serán leales a la democracia pero a cambio debe darse el retorno del ex mandatario Abdalá Bucaram, hasta fines de diciembre... Hemos llegado a acuerdos con el Presidente para armar una nueva mayoría, pero si el Presidente no cumple con el regreso de Bucaram será problema del gobierno, de pronto el PRE tomará una actitud diferente”.¹⁰ Además de ello, el apoyo al gobierno permitió al PRE obtener importantes espacios de poder en el TC y el TSE.

El PRIAN, partido del multimillonario y dos veces candidato presidencial Álvaro Noboa, en cambio, buscó acrecentar su influencia en la autoridad electoral con miras a las próximas elecciones nacionales y provinciales. Junto a ello, trascendió a los medios de comunicación que Noboa recibió por parte del Servicio de Rentas Internas ventajas en temas tributarios para sus empresas.¹¹ El caso de los diputados independientes se resolvió con mayores espacios de poder burocrático y recursos para sus clientelas provinciales. Además, la oposición denunció que varios legisladores recibieron dinero contante y sonante para plegarse al gobierno. Se presentó, incluso, una burda secuencia fotográfica en la que un diputado, que pasó del bloque opositor al gobiernista, aparece recibiendo billetes en las afueras del Congreso.¹²

La estrategia gubernamental fue momentáneamente efectiva. A través de estas acciones, Gutiérrez no solo evitó el enjuiciamiento del Congreso, sino que, con su nueva mayoría, arremetió contra sus opositores. El ataque consistió en la toma inconstitucional de organismos clave del Estado ecuatoriano. Con sendas resoluciones, evidentemente violatorias del texto constitucional, entre el 26 de noviembre y el 8 de diciembre de 2004, el Congreso de mayoría gubernamental cesó a los actuantes magistrados y vocales del Tribunal Constitucional, Tribunal Supremo Electoral y Corte Suprema de Justicia, reestructurando estos organismos con miembros del PRE, el PRIAN, MPD y cuotas de personajes relacionados a diputados independientes.¹³ Gutiérrez intuyó que si no destruía las bases del poder institucionalizado de la oposición en dichos organismos, ante la fragilidad de su mayoría legislativa, éstos lograrían rehacer en el Congreso una nueva mayoría de oposición y amenazar nuevamente la estabilidad del gobierno. Su apuesta fue rehacer las bases del poder político, cohesionar por ese medio a su alianza legislativa y desde allí apun-

9 Corporación Participación Ciudadana, Video Documental “El Presidente en la campaña”. Quito, Participación Ciudadana, documental 22:05, 2005.

10 Declaraciones de la diputada del PRE María Augusta Rivas, *El Universo* (2004) “El PRE y PRIAN ponen condiciones para juicio a Gutiérrez”, *El Universo*, 28 de octubre, www.eluniverso.com/política.

11 *El Comercio* (2004) “El PRIAN apoya a Gutiérrez por tres factores”, 3 de noviembre, www.elcomercio.com.

12 *El Universo* (2004) “LFC: Tsenkuch era el tesorero que iba a repartir dinero entre los diputados”, 14 de diciembre, www.eluniverso.com/política.

13 Para un análisis completo y fundamentado de las irregularidades que se cometieron en la reestructuración de estos organismos ver Comisión de Derechos Humanos de la ONU, 61 Período de Sesiones, “Informe del Relator Especial sobre la Independencia de los Magistrados y Abogados”, Leandro Despuy, 29 de marzo de 2005.

tar a la destrucción completa del poder de los grupos opositores; en especial, del PSC y de la ID. De seguro, no era la primera vez que en el Ecuador se producía una violación constitucional, ni que actores políticos controlaban instituciones que, en un Estado de derecho, debieran permanecer alejadas de cualquier influencia partidaria. Lo novedoso e inédito fue la ejecución de un proceso arrollador y vertiginoso de violaciones constitucionales tendentes a eliminar temporal o definitivamente el principio democrático de división de poderes y a concentrar todos los poderes públicos en manos de una sola facción política, la misma que, además, controlaba el ejecutivo y el legislativo. Aquello era lo nuevo y lo que, desde noviembre de 2004, situó al sistema político ecuatoriano por fuera del ordenamiento constitucional.

Este asalto institucional conducente al proceso de re-institucionalización autoritaria señalado se sustentó en diversos dispositivos estratégicos populistas. Estas estrategias se desplegaron en tres líneas interrelacionadas: (i) apelación anti-oligárquica; (ii) búsqueda de mecanismos plebiscitarios de legitimación; y (iii) convocatoria a la movilización social sobre la base de políticas clientelares. Como se describirá en adelante, cada una de estas líneas de acción populista fracasó, tornándose irreversible el curso de la destitución presidencial.

Respecto a la primera, Gutiérrez intentó justificar sus acciones como una lucha en contra de la oligarquía, representada por la llamada “partidocracia”. Es interesante anotar que el discurso anti-oligárquico había estado ausente del discurso gutierrista no sólo en su momento no populista sino, incluso, en su momento populista anterior. Lucio Gutiérrez se había levantado y había luchado en contra de los políticos y banqueros “corruptos” pero ni siquiera en la segunda vuelta electoral en que compitió en contra del multimillonario Álvaro Noboa, atacó a la “oligarquía”. En cambio, en el contexto de desarticular su destitución y contra-ataque, el discurso anti-oligárquico se tornó central, sobre todo en la primera parte de la crisis. Así, a inicios de diciembre, es decir, apenas reestructurados la CSJ, el TC y el TSE, Gutiérrez interpretaba lo ocurrido de este modo: “el cambio positivo y la lucha contra la oligarquía corrupta que mantuvo secuestrada a los organismos del Estado y que nuevamente con piel de oveja, cuando todos sabemos que son lobos feroces, intentan

desinformar a la opinión pública”.¹⁴ Una vez superado este primer momento, el discurso anti-oligárquico de Gutiérrez se morigeró e, incluso, ya hacia el final, intentó sin éxito tender puentes aquellos “lobos feroces” como el PSC y llegar a acuerdos que permitan una salida a la crisis y aseguren su permanencia en el poder.

Núcleo de esta estrategia anti-oligárquica constituyó la polarización con Febres Cordero y, por extensión, con todos los grupos políticos y sociales que estaban en su contra, incluida la Izquierda Democrática:

Febres Cordero representa la antítesis de un nuevo país, Febres Cordero, de alguna manera, representa toda esta historia negativa en la que un grupo de la oligarquía ecuatoriana hacía y deshacía en el país, dictaba leyes, preparaba constituciones a su medida. Son los causantes de la sucretización de la deuda para favorecer siempre a ese grupo oligárquico que se enriqueció a costa del dolor del pueblo. La Agencia de Garantía de Depósitos fue aprobada por el PSC de Guayaquil y por el de Quito... [que] es la Izquierda Democrática, donde también hay una cúpula oligárquica que siempre ha defendido los intereses de esa oligarquía corrupta.¹⁵

Entre los ataques que utilizó Gutiérrez, se insistió en un juicio de coactiva existente en contra de un hermano de Febres Cordero. Incluso, muchas veces afirmó que los intentos de desestabilizar su gobierno obedecían al hecho de que quería cobrar deudas pendientes de la crisis bancaria de 1999.¹⁶ Adicionalmente, llamó a Febres Cordero ex-dueño del país, lo acusó de haberse beneficiado de contratos petroleros, de adeudar al Estado USD 110 millones y de organizar su destitución para no pagar.¹⁷ “El país entero debe conocer que los grupos económicos ligados al Partido Social Cristiano y al dirigente León Febres Cordero se han resistido a cu-

14 “Mandatario teme una desestabilización del país”, *El Universo*, 11 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

15 Entrevista del Presidente Lucio Gutiérrez con Martín Pallares, editor político, “Gutiérrez no piensa conceder una tregua”, *El Comercio*, 29 de noviembre de 2004, www.elcomercio.com.

16 “Gutiérrez sostiene que no lo dejan gobernar”, *El Universo*, 28 de octubre de 2004, www.eluniverso.com/política.

17 “Gutiérrez dice que el grupo de LFC debe \$110 millones”, *El Universo*, 4 de noviembre de 2004, eluniverso.com/política.

brir sus obligaciones económicas. Por esta razón hoy arman un tinglado político con la finalidad de enjuiciar al jefe del Estado con la esperanza de que un posible nuevo gobierno deje sin efecto el cobro de esas deudas pendientes”.¹⁸ Es más, Gutiérrez, definió la lucha contra Febres Cordero como la huella histórica que quería dejar con su gobierno: “Fui electo para cuatros años. Yo quiero dejar huella tras mi paso por la presidencia y la huella es cobrar la deuda a Febres Cordero y a sus familiares y a todos los deudores que se han enriquecido a base del dolor del pueblo ecuatoriano”.¹⁹

Gutiérrez vinculó directamente la reestructuración de la Corte Suprema de Justicia y el Tribunal Constitucional con la necesidad de eliminar la influencia personal de Febres Cordero y de los socialcristianos sobre esos organismos. Aquello equivalía más o menos como a “rescatar al Estado de los hilos de poder de León Febres Cordero que, hasta hace poco, lo tenía acorralado y asustado”.²⁰ En ese sentido, Gutiérrez se refirió a que la decisión de cambiar por una decisión parlamentaria la composición de dichos organismos “no nació solo de la mayoría institucional que ahora tiene el Congreso. Esa decisión nació del pueblo mismo que estaba cansado de ver cómo un partido y su líder Febres Cordero controlaban ambos tribunales”.²¹ Adicionalmente, amenazó al ex primer mandatario con la creación de una comisión de la verdad, para que investigue y lo acuse por las violaciones a los derechos humanos y actos de corrupción cometidas durante su gobierno (1984-1988). Vale decir que la misma línea discursiva fue seguida por sus colaboradores y bloque parlamentario. El objetivo era desvirtuar toda oposición al régimen presentándola como expresión disfrazada de los mismos intereses socialcristianos. Gilmar Gutiérrez, su hermano y jefe de bloque de PSP en el Congreso, por ejemplo, declaró que “la presentación del juicio es una

18 “Gutiérrez se prepara para la arremetida de Febres Cordero”, *El Comercio*, 2 de noviembre de 2004, www.elcomercio.com.

19 “Nunca nos aliamos con Febres Cordero”, *El Comercio*, 5 de noviembre de 2004, www.elcomercio.com.

20 Entrevista del Presidente Lucio Gutiérrez con Martín Pallares, editor político, “Gutiérrez no piensa conceder una tregua”, *El Comercio*, 29 de noviembre de 2004, www.elcomercio.com.

21 “Gutiérrez y LFC retoman guerra verbal”, *El Universo*, 4 de noviembre, www.eluniverso.com/política.

retaliación contra el Presidente, quien dispuso el cobro a los deudores; donde Pachakutik y la ID se han convertido en defensores de los intereses de los socialcristianos”.²²

Es probable que la arremetida anti-oligárquica y anti-partidos del gobierno hubiera logrado calar y ser exitosa si Gutiérrez no hubiera llegado al poder e, incluso, gobernado con el apoyo de varios de ellos, en especial, el Partido Social Cristiano del propio Febres Cordero. A Gutiérrez le faltó credibilidad para convencer, como habría logrado si su separación con los partidos hubiera sido tajante y real. En ello, quizá, se encuentre la razón por la cual la retórica anti-oligárquica y anti-política del gobierno no tuvo la credibilidad que a su tiempo lograron Fujimori, Hugo Chávez o el mismo Rafael Correa pocos años después. Los apoyos partidarios que Gutiérrez fraguó desde la campaña de segunda vuelta y que se concretizaron en su gestión de gobierno, nublaron una nítida enunciación anti-clase política o anti-‘oligarquía corrupta’. Además, se podría también argumentar que un distanciamiento absoluto y tajante respecto de la llamada “partidocracia” no era tampoco posible en el escenario electoral en que Lucio Gutiérrez ganó la presidencia y le tocó gobernar. A diferencia de otros países y de la siguiente campaña presidencial ecuatoriana, el poder de los partidos era aún considerable y las opciones anti-políticas puras tenían una cabida limitada.

En segundo lugar, la estrategia populista de Lucio Gutiérrez apeló al uso de mecanismos plebiscitarios para legitimar el nuevo esquema de poder que planificó institucionalizar. Desde el inicio de la crisis, cuando se reestructuró la Corte Suprema de Justicia, TSE y TC, Gutiérrez planteó que dichos cambios eran provisionales y que únicamente buscaban desarticular las redes de poder del PSC y la ID. Según Gutiérrez, la segunda fase de la reforma política debía pasar por una nueva conformación de dichos organismos a partir de una consulta popular que debía decidir la elección de sus magistrados y vocales de manera totalmente distinta, borrándose la “injerencia de los partidos en la labor de la función judicial y el Tribunal Constitucional”.²³ El argumento del gobierno era que sólo el

22 “SP arma su defensa al Presidente”, *El Universo*, 29 de octubre de 2004, www.eluniverso.com/política.

23 Presidente Gutiérrez ratificó que habrá una consulta popular en el 2005”, *El Universo*, 11 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

pueblo directamente podía aprobar una reforma política que lo beneficiara sin ser aprovechado por “determinados sectores del país, que lo único que lograron fue desprestigiar las cortes y los tribunales, poniendo el peligro la seguridad del Estado”.²⁴

En esa dirección, aún antes de la re-estructuración de las cortes de justicia, constitucional y del TSE, voceros del gobierno, primero, y el mismo Presidente después, realizaron fuertes advertencias al legislativo en el sentido de que, si no daba paso al proyecto gubernamental de reformar la Constitución, se consideraría la opción de disolver el congreso y convocar a una consulta popular que se pronuncie sobre la instalación de una asamblea constituyente. Incluso, a mediados de noviembre de 2004, Jaime Damerval, ministro de gobierno, dijo en el programa de televisión *Cero Tolerancia*, que las posibilidades de que el Congreso tramite las reformas constitucionales o que éstas puedan ser aprobadas a través de una consulta popular autorizada por el mismo no eran muchas debido a los intereses políticos que se afectarían. Ante ello, anunció una tercera opción: la disolución del Congreso y la convocatoria de una consulta popular para preguntar al pueblo sobre la conformación de una asamblea constituyente con el fin de que reforme o dicte una nueva Constitución. La agenda de reforma debía incluir propuestas como la reducción del número de diputados, la reorganización del ejecutivo, mediante la división de funciones entre el jefe de Estado y el jefe de gobierno, y la re-estructuración de la Corte Suprema de Justicia.²⁵ Varias semanas después, una vez que ya habían ocurrido los sucesos de las cortes, Lucio Gutiérrez ratificó esta opción y afirmó que la reforma también debía incluir la re-elección presidencial inmediata y la potestad del presidente de disolver el Congreso por una ocasión en su período. El Presidente insistió, igualmente que la reforma debía contemplar la disminución del número de diputados.²⁶

A finales de enero de 2005, Gutiérrez envió al Congreso para su aprobación un proyecto de consulta popular con el “propósito de llevar adelan-

te la despolitización y despartidización de las cortes de justicia y los organismos de control” (Presidencia de la República, 2005: 1-2). Su objetivo era convertir al pueblo en las urnas en el dirimente de la crisis política y transformarlo en protagonista directo de los nuevos organismos a conformar. Esto último se desprende del sentido que el gobierno intentó imprimir a su propuesta de reforma constitucional, en la cual, resalta su orientación corporativista. A saber, Gutiérrez planteó la designación de colegios electorales, conformados por representantes de la sociedad civil, encargados del nombramiento de los magistrados de la CSJ y de la denominada nueva Corte Constitucional, así como también de los vocales de la llamada Corte Electoral Nacional. Así lo indica la proveniencia de los representantes sociales que nombraría a los principales de dichos organismos que, según la propuesta gubernamental, provendrían de instancias de la sociedad civil tales como la federación de abogados, trabajadores judiciales, centrales sindicales, cámaras de la producción, movimientos étnicos, organizaciones de derechos humanos, maestros, jubilados, transportistas, entre otros. Cada uno de estos sectores designaría a sus representantes a los colegios electorales respectivos y, además, tendría la potestad de presentar candidatos para las distintas dignidades. Además de ello, la propuesta de Gutiérrez contemplaba modificar el mecanismo de designación del contralor general del Estado aumentando la influencia del ejecutivo en dicho nombramiento y, en la misma línea, incrementaba la potestad presidencial como colegislador al permitirle presentar proyectos de ley con el carácter de urgente, en cualquier campo, y no solo en el área económica, de acuerdo lo establece la constitución de 1998 (Presidencia de la República, 2005: 1-2).

El proyecto de re-institucionalización que Gutiérrez tenía en mente buscaba, en verdad, remover a los partidos políticos del control de instituciones clave del Estado pero a costa de corporativizar su conformación. En el nuevo esquema, la posibilidad de cooptación de distintos sectores sociales y económicos por parte del ejecutivo sería mucho mayor, lo cual, obviamente, establecía un marco de control estatal duradero desde la Presidencia de la República. Así, este proyecto gubernamental se asentaba en la generación de una estructura de poder basada en una relación directa del presidente con sectores sociales y económicos decisivos, los mismos que, bajo un esquema corporativo, compartirían espacios de

24 “Ledesma: La mejor reforma política es la que decide el pueblo”, *El Universo*, 13 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

25 “El congreso puede ser cerrado, dice Damerval”, *El Comercio*, 11 de noviembre, de 2004 www.elcomercio.com.

26 La reforma incluye la reelección de Gutiérrez”, *El Comercio*, 2 de diciembre de 2004, www.elcomercio.com.

poder y decisión dentro del Estado. En fin, un régimen corporativo que buscaba hacer de lado a instancias de intermediación como los partidos políticos y crear una nueva base política y social de poder en que el ejecutivo y sus aliados se enlacen mediante mecanismos directos.

La idea de reestructurar la CSJ, el TC y el TSE, a través de una consulta y por medio de otros mecanismos de selección no fue del gusto de los aliados del gobierno. Tanto el PRIAN como el PRE manifestaron su desacuerdo y dilataron el tratamiento del proyecto gubernamental en el Congreso. En unos casos presionaron directamente al gobierno y, en otros, amagaron con pasar a la oposición y dar sus votos para reiniciar el proceso de juicio político contra Gutiérrez. El punto era que el PRIAN no estaba dispuesto a arriesgar el espacio que había ganado en la Corte de Justicia y en los tribunales electorales. Ante ello, intentó aliarse con sectores de la oposición para alcanzar la fiscalía. Por su lado, el PRE se negó a poner en riesgo la posibilidad de que los juicios en contra de su líder máximo se anularan y éste pudiera regresar. Así, la iniciativa de que el proyecto gutierrista se consolidara utilizando al pueblo como dirimente del conflicto se desvaneció por acción de sus mismos aliados, los mismos que obstaculizaron cualquier intento de despojarlos del poder que habían alcanzado en el pacto original con el gobierno de noviembre de 2004. En suma, la estrategia plebiscitaria quedó atrapada en las redes de sus aliados y no pudo ejecutarse. Lucio Gutiérrez no tuvo la oportunidad de re-legitimar su proyecto enfrentando a la oposición en las urnas e institucionalizando relaciones directas con la sociedad.

La tercera línea en que operó la estrategia populista de Lucio Gutiérrez consistió en provocar la movilización de amplios sectores de la población en apoyo a su proyecto sobre la base de intercambios clientelares. Esta estrategia, que fue una constante de mediana intensidad a lo largo del gobierno, se activó con fuerza apenas surgió la amenaza de juicio político en contra del Presidente. Para ello, Gutiérrez intentó acercar su gobierno al pueblo a través de la realización de “gabinetes itinerantes” en todas las provincias del país, los mismos que no pudieron cumplirse a cabalidad por el agravamiento de la crisis política.²⁷ Base de la movilización fue el

27 “Mandatario, con nueva estrategia de promoción”, *El Universo*, 26 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

Ministerio de Bienestar Social, cuyo ministro, Antonio Vargas, ex-presidente de la CONAIE y compañero de Gutiérrez en el triunvirato civil-militar del 21 de enero, propició una serie de actividades de orden proelitista vinculadas a los programas sociales de su cartera. Tan pronto como finales de octubre de 2004, el subsecretario de Bienestar Social, Bolívar González, anunció que dicho ministerio canalizaría miles de pedidos de todas partes del país para que se organice una gran movilización a Quito ante la amenaza de juicio contra el gobierno. Según González, “están listos cien mil indígenas para venir a Quito, cien mil para Guayaquil” para salir a las calles y apoyar al gobierno.²⁸

En esta línea, parte importante de la estrategia del gobierno fue penetrar y dividir a las organizaciones populares. En tal virtud, el Ministerio de Bienestar Social trabajó en organizaciones barriales, de jubilados, organizaciones receptoras de los programas sociales del gobierno, organizaciones campesinas, de transportistas, niños minadores de basura y también organizaciones de emigrantes ecuatorianos. Un instrumento utilizado fue el bono de desarrollo humano, subsidio directo a la población por debajo de la línea de pobreza, el mismo que fue elevado a inicios del gobierno y luego buscó mejorarse a través del establecimiento de una tarjeta electrónica para hacer más eficiente su entrega. De igual forma, aprovechando de las fechas navideñas, el presidente emprendió numerosos recorridos por el país para entregar directamente juguetes a niños y participar de agasajos navideños, en los que, de paso, pedía el apoyo a “sus esfuerzos por despolitizar a la justicia del país”²⁹, porque él, Lucio Gutiérrez, estaba “enseñando a gobernar a los oligarcas más recalcitrantes del país” al no haber adoptado los tradicionales paquetazos, es decir, las medidas de ajuste económico que ejecutaron gobiernos anteriores.³⁰ Por otra parte, el gobierno apostó a la creación de “asambleas populares” controladas por militantes de PSP que hicieran frente a las “asambleas

28 “Bienestar Social organiza marchas a favor del régimen”, *El Universo*, 29 de octubre, www.eluniverso.com.

29 “Gutiérrez entregó ayer más juguetes”, *El Universo*, 26 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

30 “Gutiérrez promociona reforma en Tungurahua”, *El Universo*, 25 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

oligárquicas” de Quito, Guayaquil y Cuenca, las mismas que aglutinaron diversos actores de la oposición.³¹

Un aspecto central fue su política de división del movimiento indígena. La FEINE (Federación de Indígenas Evangélicos) apoyó abiertamente al gobierno desde el inicio hasta el fin de la crisis y organizó varias movilizaciones de indígenas de adhesión a la re-estructuración de las cortes y otras acciones del gobierno. La más importante fue la que organizó a mediados de enero en Quito, de más de 3000 indígenas, en la que se abogó a favor de la consulta popular planteada por el gobierno y se pidió archivar el enjuiciamiento de su principal líder por haber demandado la disolución del Congreso.³² Las movilizaciones de la FEINE se enfilaron en contra de los diputados de la oposición, amenazando con iniciar procesos de revocatoria del mandato, a favor del Ministro Antonio Vargas, cuando el congreso opositor le inició un juicio político y lo censuró. Igualmente importante fue la movilización que la FEINE organizó días antes de la caída de Gutiérrez cuando llevó a Quito indígenas de diferentes provincias de la Sierra central con el objetivo de defender al gobierno y “respaldar las institucionalidad”. Un punto a destacar fue la utilización de elementos religiosos dentro de las comunidades indígenas con influencia de la FEINE, especialmente, a través del brazo político de la organización, el movimiento Amauta Yuyay. Al respecto pudo detectarse el activismo de pastores evangélicos que no solo predicaron en favor del gobierno sino que, además, sirvieron de puente para la transferencia de recursos hacia las comunidades y se convirtieron en intermediarios de redes clientelares.³³

La postura de los indígenas evangélicos generó una clara ruptura dentro de los indígenas y restó legitimidad a la oposición declarada por la histórica CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) a la que el gobierno amenazó con desestructurar mediante la

31 “El Gobierno también tiene su asamblea” *El Comercio*, 7 de abril de 2005, www.elcomercio.com.

32 “Una marea indígena da aliento al Gobierno”, *El Comercio*, 17 de enero de 2005, www.elcomercio.com.

33 “El Gobierno saca provecho de la fe de los indígenas”, *El Comercio*, 6 de diciembre de 2004, www.elcomercio.com.

creación de una organización paralela.³⁴ Al mismo tiempo, Gutiérrez no dejó jamás de visitar comunidades indígenas de todo el país. En estas visitas acostumbraba a entregar regalos como herramientas para la agricultura, computadoras, balones; colocar primeras piedras, ofrecer obras y pronunciar discursos en que marcaba la diferencia entre el pueblo indígena y la oligarquía, como aquel que reseñó el diario *El Universo*, en una visita a la comunidad de Ilumán, en Imbabura, a finales de diciembre de 2004, en que el Presidente se expresó de esta forma: “Aquí se respira aire de pueblo, transparencia, aquí no está la oligarquía, aquí está el pueblo que tiene sus manos llenas de callos por el trabajo honrado, productivo, no la oligarquía que tiene las manos llenas de callos por contar billetes robados al pueblo ecuatoriano y que ahora este gobierno les va a cobrar”.³⁵

Finalmente, para contener las protestas ciudadanas, la estrategia del gobierno no fue reprimir de manera convencional, a través de piquetes policiales, sino generar contra-movilizaciones de ciudadanos favorables al gobierno, los mismos que replicaban las acciones de los grupos opositores y protagonizaban acciones violentas. A través de este mecanismo el gobierno buscó impedir que sus opositores se tomen la calle, mantener bajo control el terreno de la protesta y proyectar la imagen de que contaba con apoyo popular. Por ejemplo, el día de la gran marcha convocada en Quito por los opositores al régimen, el 16 de febrero de 2005, el gobierno organizó una multitudinaria contra-manifestación. Con apoyo gubernamental, Gutiérrez trasladó a Quito, a cuenta del erario público, a miles de partidarios suyos desde todo el país. Así, el día de la marcha de la oposición, miles de partidarios del gobierno llenaron también la calles del centro histórico de Quito, ocultando el nivel de rechazo ciudadano a las medidas inconstitucionales del régimen y presentando al mundo la imagen de un país dividido y polarizado con gente que lo apoyaba y lo rechazaba. Simbólicamente, el gobierno hizo todo lo que pudo para impedir ser visto como un régimen impopular, aislado del pueblo, incapaz de generar movilización y apoyos de las multitudes. Al respecto, Carlos de la Torre

34 “El presidente tiene en mente crear una CONAIE paralela”, *El Comercio*, 15 de marzo de 2005, www.elcomercio.com.

35 “Presidente estuvo ayer con comunas indígenas”, *El Universo*, 22 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

(2006: 32) ha mencionado la vigencia en el Ecuador de una visión populista de la democracia, que se puede apreciar claramente en esta estrategia de defensa del régimen, según el cual, la ocupación del pueblo de los espacios públicos constituye un elemento fundamental de legitimación política, en contraste con otras visiones como aquella proveniente de la visión normativa de la democracia liberal y del Estado de derecho.

Con el mismo objetivo, el PRE, uno de los aliados principales del gobierno creó el grupo autodenominado Cero Corrupción, el mismo que adoptó el ropaje de un grupo ciudadano de apoyo a las acciones de Gutiérrez pero que no era más que una fuerza de choque. Este grupo protegió y dio una cobertura de apoyo social a la Corte Suprema de Justicia *de facto*. La forma de operación de Cero Corrupción consistió precisamente en disputar el espacio de la protesta, la calle al frente del edificio de la Corte Suprema, a los grupos ciudadanos que llevaron a cabo una “campana de pitos” para llamar la atención de la ciudadanía respecto a la gravedad de las violaciones constitucionales y el proceso de concentración de poderes en marcha. Cero Corrupción, durante toda la campaña, se situó en el lugar de la protesta para evitar que los opositores a la Corte *de facto* usurparan un espacio público. Se produjo, entonces, una lucha por ganarse el lugar de la protesta, como si allí radicara el éxito o fracaso de la movilización. Cero Corrupción degeneró el mes y medio que estuvo en las calles de Quito. Poco a poco, ante el escaso éxito y desprestigio de sus acciones, esta fuerza de choque se desbandó, lo cual fue el preámbulo de que los grupos opositores al gobierno finalmente se “tomaran la calle” y estuvieran en condiciones de generar movilizaciones callejeras de enormes proporciones. Sólo en ese momento se desarticuló la estrategia populista de movilización de masas del gobierno y se abrió el espacio para que, desde la calle, actores movilizados en su contra propiciaran su caída.

Durante los meses de la crisis, el gobierno aumentó considerablemente sus niveles de apoyo y popularidad. Su discurso anti-oligárquico y anti-político, acompañado por una consistente política clientelar, sobre todo a nivel de los gobiernos seccionales, tuvo un éxito relativo en cuanto a acrecentar los niveles de aprobación del régimen, especialmente en provincias pequeñas. Según datos de la encuestadora Informe Confidencial, la imagen del presidente Gutiérrez bajó a niveles de popularidad de 18 por cien-

to en Quito y 12 por ciento en Guayaquil, el 2 de octubre de 2004. Luego de ello, en medio de la crisis, la popularidad presidencial experimentó un repunte significativo a 34 por ciento en Quito y 29 por ciento en Guayaquil, el 12 de febrero de 2005. Cuatro días antes de su caída, es decir, el 16 de abril, Gutiérrez mantenía una popularidad de 24 por ciento en Quito y 38 por ciento en Guayaquil. En suma, la ruptura constitucional, apuntalada por estrategias populistas, permitió al Gobierno movilizar a su favor a sectores ciudadanos o, más bien, politizarlos en contra de las estructuras partidarias. Gutiérrez encontró que estrategias claramente populistas podían ayudarlo no sólo a revertir la pérdida de apoyo popular que había experimentado sino incluso a cambiar la correlación de fuerzas con los partidos de oposición. Descubrió que existía una gran proporción de ciudadanos movilizables por medio de estos repertorios y que si continuaba por esa vía lograría, además de sobrevivir, atacar y hasta destruir a las fuerzas del *status quo* que buscaban derrocarlo. A medida en que la crisis se desenvolvió a partir de noviembre, el discurso gutierrista se centró en una especie de mandato, cuya misión consistía en: “destruir a la oligarquía corrupta”; colocar al “pueblo” como actor dirimente de la crisis; movilizar a su favor a los sectores que lo apoyaban, o “morir en el intento”.

El fracaso de cada una de estas estrategias populistas cerró la puerta de supervivencia política de Lucio Gutiérrez, precipitándose su derrocamiento. El regreso de Abdalá Bucaram, luego de ocho años de exilio, contribuyó a incrementar significativamente el descontento ciudadano, principalmente en la ciudad de Quito. Era evidente que la politización completa de la justicia y un casi total descalabro de la institucionalidad dejaban sin piso la oferta gutierrista de ofrecer un real proyecto de transformación ajeno a la oligarquía y la “partidocracia”. Asediado por una multitudinaria protesta callejera, Gutiérrez perdió el apoyo de los militares y de sus principales aliados y el 21 de abril de 2005 huyó del poder, cerrando el primer capítulo de una aventura que, paradójicamente, cinco años antes, se había iniciado con otro golpe de Estado. Gutiérrez fue derrocado en su misma ley. A partir de su derrocamiento, sin embargo, un nuevo Lucio Gutiérrez comenzó a renacer. Pero esa es otra historia.

Reflexiones finales

La experiencia del gutierrismo es un caso que podríamos denominar de “populismo intermitente”. Lucio Gutiérrez utilizó estrategias del repertorio populista, según su conveniencia, en diferentes momentos de su vertiginoso ascenso y caída. Resulta interesante su capacidad para adecuarse a las circunstancias, cambiar de ropaje, re-inventarse constantemente. Su experiencia ilustra cómo ciertos dispositivos y repertorios populistas pueden prenderse y apagarse; cómo un mismo gobernante puede pasar de ser un caudillo con lenguaje populista que amenaza con re-fundar el orden político a actuar como defensor de lo establecido para luego, nuevamente, adaptarse a una estrategia basada en la lucha contra la oligarquía y la “partidocracia”. Esta flexibilidad, más que demostrar inconsistencias políticas o debilidades de carácter del personaje en cuestión, muestran que el fenómeno del populismo bien puede interpretarse como la puesta en práctica de un conjunto de estrategias dirigidas a captar, acrecentar o conservar el poder. A lo largo de su carrera política, Lucio Gutiérrez ha sido muy hábil en el arte de la mutación y transformación de su identidad política; en activar y desactivar discursos y prácticas populistas. Tenemos al Gutiérrez golpista, héroe y caudillo militar; al candidato soldado-campesino; al “ingeniero presidente”; al dictócrata; al perseguido y víctima de los conspiradores; al preso, “pagando una condena injusta”. Con cada uno de estos trajes, Gutiérrez ejecutó una estrategia populista distinta. Vestido de diferente manera, pudo adecuar su discurso y práctica a las necesidades del contexto. Las estrategias populistas le sirvieron para construirse como un revolucionario, defensor de las causas del pueblo, o para intentar la institucionalización de un régimen autoritario. El ascenso y caída de Lucio Gutiérrez es una clara expresión de la versatilidad de las estrategias y el estilo populista. Los diversos populismos operan según sus contextos políticos diferentes y desde allí pueden potenciar procesos de inclusión política y democratización o generar procesos de institucionalización autoritaria.

El caso Gutiérrez, igualmente, ilustra la eficiencia de las estrategias populistas en circunstancias de acceso al poder y su fracaso en contextos de supervivencia política. Para Lucio Gutiérrez fue mucho más efectivo ser populista para ganar la presidencia que para mantener el poder cuan-

do se encontraba asediado por la oposición. El hecho de que durante el ejercicio de su gestión de gobierno, Gutiérrez hubiera suspendido parcialmente o morigerado su discurso y acciones populistas explica, de alguna manera, su deterioro político y posterior caída. En fin, el populismo intermitente de Lucio Gutiérrez da cuenta de cómo las estrategias populistas pueden ser mucho más efectivas cuando se las emplea de forma ofensiva que cuando se las ejecuta a la defensiva para conservar el poder. Si bien esta perspectiva minimalista del populismo no permite una mirada a las razones profundas de la gente que se siente representada por estas opciones políticas, permite en cambio observarlo en sus diferentes manifestaciones estratégicas y tácticas, las mismas que varían de acuerdo al contexto político y a los objetivos de poder de quienes las ejecutan.

Referencias

- Comisión de Derechos Humanos de la ONU, (205) 61 Período de Sesiones, “Informe del Relator Especial Leandro Despuy sobre la Independencia de los Magistrados y Abogados”, 29 de marzo.
- Congreso Nacional del Ecuador (2002). “Mensaje a la Nación del Excelentísimo Señor Lucio Gutiérrez Borbúa, Presidente Constitucional de la República”, Sesión solemne matutina, Acta 24-04, 15 de enero.
- Corporación Participación Ciudadana (2004). “Monitoreo del gasto electoral” en *Observación ciudadana electoral. Elecciones 2004*. Participación Ciudadana, Quito.
- _____ (2005). “2004: El Presidente en la campaña”, Participación Ciudadana, Serie de video documentales, Quito.
- De la Torre, Carlos (2004). “Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo”, en Kurt Weyland, *et. al., Releer los populismos*. Quito: CAAP.
- _____ (2006) *Populismo, democracia, protestas y crisis recurrentes en Ecuador*. Río de Janeiro: Fundación Konrad Adenauer.
- Diario El Comercio: www.elcomercio.com.
- Diario El Universo: www.eluniverso.com/política.

- Freidenberg, Flavia (2007). *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis.
- Gutiérrez, Lucio (2001). “Visión perspectiva de la construcción del 21 de enero y sus efectos posteriores”, en José Peralta F., *La rebelión del arco iris*. Txalaparta.
- José Hernández, et al. (2000). *21 de enero. La vorágine que acabó con Mahuad*. Quito: El Comercio.
- Ibarra, Hernán (2002). “El triunfo del coronel Gutiérrez y la alianza militar indígena”, en *Ecuador Debate*, N. 57 (diciembre).
- Pazmiño, Catalina (2005a). *Espectáculo y publicidad política. Análisis de las elecciones 2002 en el Ecuador*. Tesis de grado, Universidad Central del Ecuador, Facultad de Comunicación Social, Quito.
- _____ (2005b). “La frágil legitimidad del príncipe democrático”, en *Íconos*, N. 23, (septiembre).
- Presidencia de la República del Ecuador (2005). “10 preguntas para la consulta popular”, 21 de enero, www.presidencia.gov.ec.
- Quintero, Rafael (2005a). *Electores contra partidos*. Quito: ABYA-YALA – ILDIS.
- _____ (2005b). “La elección de los gobiernos provinciales en 2003”, en *Revista Tendencia*, N. 2, Quito, (marzo).
- Weyland, Kurt (2004). “Clarificando un concepto cuestionado: El populismo en el estudio de la política latinoamericana”, en Kurt Weyland, et. al, *Releer los populismos*. Quito: CAAP.

Colaboradores

De la Torre, Carlos. Ph. D. en sociología de la New School for Social Research. Es coordinador del programa de estudios políticos de FLACSO-Ecuador. Ha publicado extensamente sobre populismo latinoamericano. Entre sus obras destacan *Populist Seduction in Latin America*. Athens: Ohio University Press, 2000.

Peruzzotti, Enrique. Ph. D. en sociología de la New School for Social Research. Es profesor en el Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Torcuato di Tella y Residencial Fellow del Centro de Sociedad Civil del LSE. Entre sus publicaciones destaca su libro co-editado con Catalina Smulovitz, *Enforcing the Rule of Law: Social Accountability in the New Latin American Democracies*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2006.

Roberts, Kenneth. Profesor de Gobierno en la Universidad de Cornell. Es autor de *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*, California: Stanford University Press, 1998. Su libro *Political Parties in Latin America's Neoliberal Era*, será publicado por Cambridge University Press.

Panizza, Francisco. Profesor en el Departamento de Gobierno de la London School of Economics and Political Science. Ha publicado extensamente sobre populismo y democracia en América Latina. Es editor del libro *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso, 2005.

Aibar, Julio. Profesor de la FLACSO-México. Ha publicado sobre populismo y discurso político. Es editor de *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*. México: FLACSO, 2007.

Hawkins, Kirk. Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Duke y profesor de Ciencia Política en la Brigman Young University. Ha publicado extensamente sobre el populismo venezolano.

Freidenberg, Flavia. Profesora del Área de Ciencia Política y Administración de la Universidad de Salamanca y Subdirectora del Instituto de Iberoamérica de la misma universidad. Entre sus publicaciones sobre el populismo destacan: *Jama, caleta y camello. Las estrategias de Abdalá Bucaram y el PRE para ganar las elecciones*. Quito: CEN, 2003; y *La Tentación Populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis, 2007.

Conaghan, Catherine. Profesora en el Departamento de Estudios Políticos en la Queen's University. Ha publicado extensamente sobre élites, neoliberalismo y la esfera pública en los países andinos. Entre sus libros destacan: *Restructuring Domination: Industrialists and the State in Ecuador*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1988; *Fujimori's Peru. Deception in the Public Sphere*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2005.

Montúfar, César. Ph. D. en Ciencia Política de la New School for Social Research. Es profesor en el área de Estudios Sociales y Globales de la Universidad Andina Simón Bolívar. Entre sus publicaciones destacan: *La reconstrucción neoliberal: Febres Cordero o la estatización del neoliberalismo en Ecuador, 1984-88*. Quito: Abya-Yala, 2000; y también *Hacia una teoría de la asistencia internacional para el desarrollo: un análisis desde la retórica*. Quito: Corporación Editora Nacional, 2002.

Este Libro se terminó de
imprimir en octubre de 2008
en la imprenta Crearimagen.
Quito, Ecuador